



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlfs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00, Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



De tapas

I
■ Cierta es que si al que estas líneas firma le diesen a elegir libremente entre las apetitosas y plurales riquezas gastronómicas de nuestra tierra, sólo de tapas llegaría tan ricamente a alimentarse de lunes a domingo, que no de otras glorias culinarias más atractivas y monumentales, así como dirigidas a celebrar las bodas de Camacho o la cena del Rey Baltasar.

Desde que comer se viene entendiendo como un hecho de buen tono, las reglas sociales han cambiado elevando a arte la buena mesa y a acto cultural hambrunas sin cuento.

—Mira, hoy no comemos de tapas—nos decía en cierta ocasión un buen amigo deseando *cumplir*, a sabiendas de la debilidad de uno por comer de tapas. La verdad es que disponemos de un buen menú fabricado por mi mujer y, claro, no es cosa de menoscabarlo, ya me entiendes.

Dejose, pues, para mejor ocasión el comer de tapas, relajados frente a la barra de un buen bar, animada conversación por medio y en funciones el «ahora me pones una de gambas rebozadas, otra de mercón lorquino y otra de sangre frita espolvoreada de orégano».

Que en tierra de buenos escritores exaltadores de su gastronomía andamos por sabido se da, no hay que insistir. Ellos completan con su sabiduría lo que en su día Brillat-Savarin dejó escrito: «Obligado el hombre a comer para vivir, el Creador le convida por medio del apetito y le recompensa con deleites». ¿No le faltaría precisar que entre estos figura el comer de tapas?



II
■ Pintó fielmente su autorretrato el gran pintor. Observándolo detenidamente, dijo luego:

—Me explico ciertas infidelidades de mi mujer.

III

■ Más de una vez, durante la solemnidad del estreno de una de las admirables películas del gran director, con la sala a rebotar de conocidos periodistas y famosos invitados, hemos sido testigos de cómo ante el pase de una determinada secuencia que pudo ser mejorada, dicho director se levantaba de su asiento protestando en grito, para luego solicitar obligado perdón:

—¡Oh, no, así no, por favor! ¡Corten, repetimos!

Anécdota jamás protagonizada por un director mediocre.

IV

■ Tomándola por una familiar aspirina, el impenitente distraído, vaso de agua en mano, tragase la luna llena.

V



■ Basta poner unas migajas de atención para cazarle a la calle lo que de patio de vecindad adquiere con la inesperada lluvia torrencial que hace buscar a toda prisa al remojado transeúnte el lugar protector bajo la marquesina, el hueco en el portón de no se sabe quién, el amparo del comercio que nunca hemos pisado y de cuyo interior nos llega un magnánimo «pasen ustedes, no se mojen».

VI

■ Dios nos libre del rencor del que perdió el último tranvía, el último

El minicuento de urgencia

Tertulia al sol

La primera en llegar a la tertulia es la Amalia. De todas las hermosuras pasadas—no muchas, la verdad por delante—, le resta todavía a la Amalia su mata de pelo. Peinándose frente al espejo ha estrenado la mañana, peine arriba, peine abajo. Por peine que no quede.

Otros vecinos van engrosando la tertulia bajo la caricia amarillenta del sol que dora la plaza. La plaza es grande. A todos puede cobijar, hasta los parados, forasteros que al amor del trabajo en el cercano campo llegan a la población, hablando siempre de jornales, lugares lejanos, pateras...

—¡Parados, parados!—sermonea el anciano Rogelio—. Parado el que quiere. Parado uno en su juventud hasta que yo quise, Alemania por bandera. Por la noche, doscientos durmiendo en una sola nave. Se oía mal. Alguna noche, sentía náuseas. Iba a los lavabos, a vomitar.

—¡Alemania, Alemania!—proclamación a su favor la del viejo Manuel—. ¡Si uno pudiera rebobinar el tiempo, como en las películas del video, y lo pasao, pues eso, pasao.

Terciaba entonces, si podía, la Amalia: —Los hombres, a la aventura siempre. Un par de mulas, una maleta de cartón, un buche de codac y, hala, a buscar paisajes nuevos. La mujer es otra cosa: las mismas uñas partidas

siempre, el mismo sudor en las axilas, las mismas naranjas de cera sobre el mantel de plástico...

Viniese o no a cuento, deteniendo su lectura de un periódico atrasado, había de tomar parte en la conversación el Andrés, sin duda el más viejo de la reunión, también la murga de sus años en Alemania colgandera en la ribera del labio:

—No se me olvida. Víspera del Corpus, el de la litera número diez se rajó las venas. Le habían roba-

do todos sus ahorros de un año. La sangre le manaba de las muñecas, espesa, colorada. Junto a él había un pequeño gato negro que con la lengua lamía la sangre que se deslizaba por las losas.

Los parados forasteros, si podían aportaban a la tertulia sus historias personales, casi siempre dramáticas, aspirantes a que el mundo cambiase. —¿Qué os ha dicho el alcalde?

—Que volvamos mañana. Mañana siempre. A la espera de la esperanza, también siempre. El Andrés, con lo de la sordera había de insistir, entonces:

—No oigo bien. ¿Qué decis?
 —Nada, abuelo, que mañana será otro día.



de verdad, sin más tranvías que llevarse a la boca, es decir, del que ya no podrá jamás componer a su gusto su currículum personal.

VII

■ Cayó para siempre el último telón sobre la existencia de alguien que gran figura de nuestro teatro fue. Se afilaron así las mejores plumas componiendo el brillante homenaje en su recuerdo, vocablos luego por el viento barridos. Hubo, sin embargo, un modesto admirador del ausente, también dolorido, que sólo supo entonar en memoria de aquel, un *Padre Nuestro*, conjunto de breves y sencillas palabras que vino a hacer certera diana en el corazón misericordioso de Dios.

VIII

■ Eficaz medio de defensa contra los paparazis, día y noche centinela frente al domicilio de la estrella famosa.

